

Jueves IV del TO
Ciclo B



1 de febrero de 2024

1Re 2, 1-4.10-12

Sal (1Cro 29)

Mc 6, 7-13

P. Eduardo Suanzes, msp

«Llamó Jesús a los Doce, los envió de dos en dos y les dio poder sobre los espíritus inmundos», es decir, con capacidad para superar lo que «tira por tierra» al ser humano (eso es «los espíritus inmundos»), porque el Amor que cada persona es, ese Amor que es Dios y es cada uno de sus hijos, es más fuerte que la adversidad, más fuerte que la muerte. Y porque ese camino se puede hacer en compañía, en apoyo mutuo, los manda «*de dos en dos*», y es un camino que no es imposible de hacer, pues como señalará el evangelio de Mateo, el yugo o la carga que implica la vivencia del amor son llevaderos, ligeros. Esta es la buena noticia por la que merece la pena «perder» la vida, entendido como perder el no dar importancia a los aspectos materiales y pasajeros a los que erróneamente nuestro yo-egoísta identifica con la Vida. Aspectos que pueden ser a veces muy importantes, pero que «no son» «la Vida».

Quizás un dramático error en el género humano, que repetimos una y otra vez, es este confundir lo que es «la Vida» con las formas o aspectos meramente externos en que «la Vida» se manifiesta. Una y otra vez identificamos la Vida con la obtención de cosas, con acumular poder, riqueza, dinero, bienes, e incluso valores calculables como honor, prestigio, situación en la escala social. Todo el evangelio advierte una y otra vez sobre esta tentación, sobre este espejismo que puede cegar a la persona sacándola fuera de sí, es decir, enajenándola, desposeída de sí misma, perdiendo su propia identidad, aprisionada por este «*espíritu inmundo*» que la postra, haciendo que se centre en la obtención de cosas o posiciones que son ajenas a la persona, que están fuera de esa persona. Este apetecible camino de triunfo, en apariencia exitoso, implica, no obstante, un fracaso vital, una pérdida irreparable: lo que el evangelio llama «malograr la propia vida».

La Vida que cada persona *es* no depende ni habita en el exterior de la persona, sino en su ser, en su interior. ***Vaciarse de «ser» para conseguir llenarse de «tener» no puede ser un camino de realización ni de sentido a la existencia.*** Ese llenarse de «tener» implica la anulación del «ser», la pérdida de quien es realmente cada persona. Y eso es el espíritu inmundo que postra, que aliena, que desposee a la persona de sí misma.

La historia nos muestra cómo personas que no han tenido nada, que han ido por la vida llevando «*nada para el camino: ni pan, ni mochila, ni dinero en el cinto, sino únicamente un bastón, sandalias y una sola túnica*», personas que ni siquiera han sido «libres» en el sentido material del término (porque han sido encarceladas o se han visto paralizadas en situaciones de gran postración), y sin embargo han sido personas en el sentido auténtico del término, han tenido una vida «plena» desde el punto de vista de la grandeza humana. No han necesitado cosas, ni riquezas, ni poder ni situaciones de rango dominante para poder «ser». Jesús fue una de esas personas que sin «tener» vivía en la cúspide del «ser», y como él, salvando las distancias, otras personas en distintas épocas y ámbitos.

La cuestión radica en aceptar eso, en asumir la renuncia a encadenarse a las cosas, u optar por otro camino más complaciente y seguramente menos esforzado que me vincula a las cosas y al rango dominante. Si optamos por llenarnos de tener perdiendo el ser, entonces seremos como el endemoniado de Gerasa, muertos en vida, porque viviremos fuera de la Vida, encadenados con grilletes y ataduras, caminando entre tumbas. La cuestión estriba en la capacidad que se tenga para «renegar de sí mismo» (entendido, como estamos viendo, como renegar de las pretensiones de satisfacción y dominio de nuestro yo-egoísta), y para estar dispuestos a hacer un camino, un tránsito sin esos «éxitos», sin esas «pertenencias» o complacencias. Es decir, se trata de elegir entre el camino de la autosatisfacción o el camino de la cruz. No hay atajos, ni caminos intermedios. El evangelio es claro y meridiano.

Por eso Jesús los envía sin nada: ¿cómo van a liberar si no están ellos liberados? ¿Cómo transmitirán la Vida si ellos mismos están alienados, fuera de sí? ¿Cómo liberarán de espíritus inmundos y sanarán corazones si ellos mismos están vaciados del ser y llenados del tener? *«Les mandó que no llevaran nada para el camino: ni pan, ni mochila, ni dinero en el cinto, sino únicamente un bastón, sandalias y una sola túnica».*

Efectivamente, el camino hecho a base de la renuncia de las pretensiones autosatisfactorias del ego para hacerse servidor de la Vida y del Amor en el servicio al prójimo, especialmente al prójimo sufriente, que necesita ser curado, es, a la vista del yo egoico, muy duro, y puede estar repleto de desprecios y «pérdidas». En cambio, el camino del «tener», del ascenso de rango en las relaciones personales y sociales, etc., no ofrece más que el tentador señuelo del bienestar y del éxito. Pero tal bienestar y éxito, al final, devienen en fracaso y en pérdida de vida, pues en las cosas no hay vida. Y así está el mundo de hoy engañado por el señuelo tentador del tener, del poder y del placer. El evangelio en todas su extensión nos alerta una y otra vez de este engaño: se trata de una vida estéril que lleva a la muerte, es decir, a la pérdida de la propia realización, y por tanto, de nuestra felicidad.